

II Domingo de Cuaresma (13-03-22)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas, estamos en el camino de la Cuaresma, un tiempo para interiorizar y profundizar en el camino del Señor que, además en nuestra Arquidiócesis, lo tomamos como un tiempo de formación para constituirnos todos y todas en ser discípulos misioneros en salida. Y esta tarea viene de que en toda la Iglesia nos hemos propuesto, en todas partes del mundo, y el Santo Padre está propiciando que tengamos una Iglesia más auténtica, más identificada con el camino del Señor, más dinámica, más servicial, y que esté pendiente de lo que pasa en este mundo, especialmente a las periferias, a las personas que viven el drama de las dificultades humanas que estamos viviendo hoy día, y que, además de todo el proceso de la Pandemia, ha dejado grandes secuelas. Y ahora la peor secuela es, probablemente, el inicio de una guerra que puede ser muy fatigoso para la mayor parte de la población del mundo.

¿Cómo ser discípulo misionero en salida? La semana pasada hemos reflexionado cómo tenemos que afrontar nuestras tentaciones para ser discípulos. Y tenemos que afrontarlas con la palabra de Dios, porque, de lo contrario, nos vence el demonio y caemos en las tentaciones. Pues ahora, hay algo más interesante todavía: en el camino que el Señor nos propone para irnos formando como discípulos misioneros, en el ejemplo de la Transfiguración, Jesús lo que hace primero es coger a los discípulos y llevarlos a una montaña alta a orar (también le llamamos al monte 'El Tabor', porque así se identificó el cerro al que subieron).

Pedro, Juan y Santiago, entonces, son llevados por el Señor a lo alto a orar. Eso es sumamente importante porque, así como necesitamos de la Palabra del Señor, necesitamos de la oración. San Pablo dice que cuando oramos, no oramos nosotros, sino el Espíritu Santo que ora en nosotros, es decir, cuando oramos en serio, cuando le pedimos y hablamos al Señor que nos va inspirando para pedir aquello que más conviene, no aquello que nos conviene a nosotros, según nuestras ideas. Cuanto más profunda es una oración, más hacemos la misma oración que el Señor pone en nosotros.

Esa es una dificultad grande para nosotros en la oración, porque muchas veces tenemos tantas necesidades y problemas, que nos cansamos cuando lo decimos al Señor con confianza. Y es importante esta confianza para crecer, tener confianza en Dios. Lo importante es que, sucede como cuando le contamos nuestros problemas a alguien, empezamos a ser escuchados, atamos cabos sobre nuestra vida y nos abrimos a nuevas dimensiones para ver cómo solucionamos los problemas. A veces, también, puede ser distinto, puede ser que estemos pidiendo mal; y al mal pedir, entonces, nos enredamos.

Por eso, siempre tenemos que separar los momentos de oración y no hacer una oración rápida y sin sosiego. Y Jesús, por eso, se los lleva a un lugar aislado, lo cual es importante que nosotros podamos hacerlo contemplando la Cruz, como dijo el Papa hoy día en el Ángelus, contemplando al Santísimo que está presente en los tabernáculos de las Iglesias. También podemos hacerlo a solas en un lugar apartado, pero *es importante recogerlos para orar*. Y en ese recogerse, hay algo que ocurre en el caso de este día que llevó Jesús al Tabor a sus discípulos.

Dice el Evangelio de Lucas (9, 28b-36) que el **rostro de Jesús cambió**. No se sabe exactamente cómo, pero se habla también de que sus vestiduras se volvieron resplandecientes. Lo más importante es que Jesús *muestra su rostro no solamente humano, sino también divino*; y probablemente, lo que vivieron los discípulos en ese momento fue una sorpresa de la maravilla que nos tiene preparado el Señor para siempre, porque el Padre nos ha creado a imagen de su Hijo, y esa imagen va creciendo hasta hacerse plenamente en el Padre, después de que ha resucitado.

Por eso, hermanos y hermanas, lo que nos pide hoy día el Señor es que aprendamos a orar, siempre disponibles a ser cambiados y transformados, no a quedarnos igualitos, como sucede a veces que, por costumbre, donde vamos a la oración o venimos a la misa y salimos igualitos como habíamos llegado. Venimos a la misa siempre para parecernos más al Señor, y para eso tenemos que **dejarnos llevar por Él**.

Y aquí hay una cosa muy importante que la oración, por sí misma, tiene como fundamental: es una experiencia gratuita. Gratuita significa que no vamos a la oración para pedir tantas cosas, para

sacarle algo al Señor. ***Vamos a la oración para estar con Él y dejarnos llenar por Él, llenar de su Espíritu.*** Gratuito significa que Él nos regala, nos da gratuitamente su Espíritu porque Dios es nuestro Padre y Jesús es su Hijo que nos ha comunicado la voluntad del Padre. Esto es importante, sobre todo, en el caso de Abraham (Génesis 15, 5-12. 17-18), cuando el Señor lo lleva a ver el cielo y le dice: “Mira las estrellas”. Y después le promete darle, gratuitamente, descendencia y tierra a un hombre de 90 años. Imagínese ustedes darle descendencia a un hombre de 90 años. Sin embargo, el Señor hace unas promesas tremendamente grandes, profundas, enormes, pero cuya realización depende solamente de que nos dejemos llevar por su amor gratuito.

Y por eso, en este rito de Génesis, un poco extraño para nosotros, quien sale comprometido acá no es Abraham. Recordemos que Abraham se queda dormido, es decir, esta promesa no está condicionada, no es a pares, no es un “yo Dios te doy, y Abraham tú me das”, “yo te doy esta tierra o te doy descendencia y tú me vas a adorar”. No. Simplemente se hace el sacrificio como signo de la promesa de Dios, porque es Dios quien se sacrifica por el ser humano. Y por eso, este texto narra la gratuidad y generosidad de Dios que se compromete, inclusive, a ser “quemado” si es que no cumple su promesa.

Dios le está diciendo, con ese sacrificio que hace, que nos ama sin pedir nada a cambio. “Que me quemen vivo, si no cumplo mi promesa”, quiere decir el Señor con el rito de los animales partidos y consumidos con el fuego. Ésas son las frases que tendrían que estar en el lenguaje normal, diferente al lenguaje simbólico, de hacer un holocausto. Dios nos ama porque nos ama, y suscita en nosotros el ser sus amigos y sus hijos para que aprendamos también a ser gratuitos.

Y por eso, en el Evangelio de hoy aparecen estos dos hombres: Moisés y Elías. Y dice el texto que hablaban sobre el Éxodo, sobre “el camino” hacia Jerusalén en donde iba a morir. Y es que, ustedes conocen, Moisés es el que sacó al pueblo en Éxodo hacia la tierra prometida. Y Elías también tuvo su camino, porque había una reina llamada Jezabel y un rey Acab que lo odiaban. Y Elías, como era un poco empecinado, les dice: “Se han portado mal y ahora va a venir una sequía”. Y al llegar la sequía, los reyes se empecinaron más

contra él, y lo perseguían. Y Elías caminó, caminó y caminó, hasta que cansado se refugia en una cueva. Los dos, Moisés y Elías, son caminantes; y Jesús es el caminante que terminará su vida entregándola generosamente por amor a todos nosotros.

Por eso, entonces, suceden estas dos cosas: se transfigura gloriosamente como un pedacito de cielo que los discípulos disfrutaban y, simultáneamente, les señala el camino difícil que viene, que es un camino glorioso, pero a través del amor, y por tanto, muy exigente.

Y eso se le dice a todo discípulo y discípula misionero en salida: que toda la Iglesia, todos nosotros, saldremos a anunciar el Evangelio, caminaremos mucho y estaremos dispuestos, inclusive, a dar nuestra vida para que este mundo cambie y mejore. Y hay que dar nuestra vida con amor total, como el de Jesús.

Eso es muy difícil, porque nosotros quisiéramos amarnos a nosotros mismos nada más, pero estamos desafiados, por las dificultades tan grandes que existen en el mundo y en nuestro país, de convencer a través de la ternura, del cariño, del diálogo, inclusive, si no nos gusta, porque algunos de nosotros somos un poquito más renegones, un poquito más evasivos, pero todos somos hechos para amar. Y quien representa el amor de Dios en el mundo tiene que ser la Iglesia, nosotros; y la Iglesia está llamada a poner un granito de arena para que el ser humano recapacite, sobre todo, en esta guerra que estamos viviendo en este momento. El Papa ha sido muy claro hoy al decir que todos hemos de contribuir a hacer que cesen las armas, porque creemos en **el Dios de la paz** y no en el dios de la guerra.

Y por esa razón, nuestro comportamiento pacífico es el que se pone como lugar de entrega generosa, como Dios nos ha mandado, para impedir que la violencia siga imponiéndose. Y eso, en todo momento de la vida, es una misión tremenda que nos ha dejado el Señor, pero la única misión que puede hacer posible que el mundo recapacite.

Tenemos muchas tendencias actualmente en el mundo, después de la Pandemia; peor: sobre todo esa tendencia a desesperarse y a querer imponer, a querer tener ilusiones locas y desarrollar cosas terribles, inclusive, hemos escuchado unas palabras feísimas estos días de una persona importante de la religión ortodoxa que dice que esta guerra es para “eliminar el pecado” e “imponer los mandamientos”. Pues los mandamientos no se imponen, se suscitan

y se educan. Y por eso necesitamos, también, llamar a todas las religiones a que entremos en este camino de pacificación del mundo.

Esto tiene mucha importancia en el texto, porque Pedro se deja atraer por esta experiencia bellísima que tiene. Al comienzo estaba medio dormido, pero se despertó, y entonces empieza a disponer las cosas: “Vamos a hacer una tienda para Moisés, otra para Elías y otra para Ti”, inclusive, no se mira a sí mismo, es muy generoso con el Reino de Dios, organiza el cielo. En todo el texto de Lucas, como hemos visto y revisado con los seminaristas esta semana que hemos estado de retiro, se ve que Pedro tiene una especie de vocación de líder y de administrador; inclusive cuando el Señor pregunta si hay alguno que dirige ordenadamente y da su comida a su tiempo a los siervos, Pedro pregunta: “¿Eso lo dices por todos o por nosotros?” Porque él quería ser administrador desde el primer momento; y cuando recibe el poder de las llaves y declara que Jesús es el Cristo, también ocurre lo mismo. El problema está en que Pedro le dijo al Señor: “Te seguiré hasta la cárcel y la muerte”. Era valentón, era aventado y era entusiasta del Señor...pero no oraba. Y ese es el problema, que el Espíritu Santo hacía “fatiga” para entrar en él, pero Pedro por eso se quedaba como incapaz de responderle generosa y gratuitamente; y entonces, se generó este problema de las negaciones que, finalmente, gracias a Dios, lo llevan a llorar amargamente y luego ser el primer Papa de la historia.

Hermanos y hermanas, todos estamos llamados a sufrir una crisis producto del amor de Dios. Todos tenemos pecados, pero el Señor nos dice que no importa que seamos pecadores, Él nos ama, nos acompaña y nos llama a dejarnos llenar por la fuerza de su Espíritu. Por eso, hermanos y hermanas, primera cosa fundamental para orar: ¡escuchemos juntos al Señor!.

Y esta oración que sea también motivo para que todos nosotros hagamos nuestro discipulado, salgamos a nuestras periferias, en nuestras parroquias o en los lugares donde vivimos, para anunciar el Evangelio y hacerlo como lo hizo este gran hombre, Augusto Pérez Aranibar que, después de haber vivido y ayudado en la guerra con Chile, viene a Lima y empieza a hacer una obra magnífica que hasta el día de hoy perdura y debe seguir perdurando: la obra del servicio a los niños.

Para terminar, les dejo una nueva pregunta en esta segunda semana de Cuaresma: ¿En mi oración, escucho al Señor o me escucho a mí mismo? Vamos a reflexionar sobre esto. Pedro, que estaba encantado con la fuerza del Señor, estaba entusiasta y se olvida de escucharlo. Y el Señor tiene que bajarlo a tierra y, por eso, lo envuelve una nube, se llenan de miedo y surge la voz: “¡Escuchen a mi elegido, a Jesús!”.

Escuchemos a Jesús, leamos los evangelios siempre como parte de nuestra oración, para que nos inspiren. Dejémonos llevar por el Señor y van a ver cómo las cosas empiezan a cambiar, porque no haremos lo que a nosotros nos parece, sino lo que le parece a Dios.

Que el señor los bendiga, que los acompañe en todo este camino cuaresmal, y que todos podamos tener lindos ejemplos como el de Augusto Pérez Aranibar, en donó toda su vida, su riqueza, todo lo que fue él, lo entregó para los niños. Que nosotros también hagamos grandes obras de servicio fruto de la inspiración que el Señor nos da en la sublime oración.